



DACOSTA MARTÍNEZ, ARSENIO:  
*Antropología e Historia. Intersecciones teóricas*

Madrid: Ediciones Polifemo  
Año: 2019  
Páginas: 234  
ISBN: 978-84-16335-58-9

Doi: <http://dx.doi.org/10.6018/rmu/431591>  
Publicado bajo licencia CC BY-SA

Este libro recoge un conjunto de reflexiones amplias, teóricas, en torno a la relación que se establece entre la Antropología y la Historia. Una obra de interés para antropólogos/as, historiadores/as y aquellas personas interesadas en profundizar en las relaciones de colaboración, encuentro –en las intersecciones, claro– que se producen entre ambas disciplinas. Si bien es cierto que en el libro participan personas expertas, que invitan a reflexiones, guiños y vínculos eruditos, se trata de un trabajo que bien sirve como una aproximación que sitúe a aquellos lectores que indagan por primera vez en estas interconexiones.

La necesidad (o más bien la habilidad) de practicar una visión antropológica que posibilite abstraerse de la propia historia en la que *se está*, y practicar así un *extrañamiento pretendido* (aquella *mirada antropológica* que ya apuntara María Isabel Jociles), no sería acertada sin cuestionarse por los tiempos (diacronía/sincronía), la memoria (colectiva/histórica/política) o los efectos de la ritualidad sin entenderlos en términos históricos.

Tal y como expone en su capítulo Beatriz Moncó, si bien Antropología e Historia son ciencias hermanas, hay historias y antropologías que coinciden más que otras. En estos casos se tratará de una hermandad que tendrá que ver con el uso de técnicas y de metodologías compartidas. En definitiva, con la necesidad de una constante interdisciplinariedad que busque incluso una

reformulación de metodologías y de formas distintas de análisis. En este sentido, puede que «tomar prestado» y compartir metodologías de interpretación de la realidad sirva para no tomarse demasiado en serio la tarea, y así evitar cierta rigidez.

Por su parte, Fernando Monge recuerda la existencia de dos territorios a los que Bernard S. Cohn se refiere con ironía: *antropologilandia* e *historilandia*. Dos espacios donde los modos de producción, de fabricar conocimiento, serán en principio bien distintos. El trabajo de campo propio del ámbito de la Antropología estaría interesado en la comparación, el acercamiento a los matices y las voces concretas que permiten interpretar estas subjetividades. Por su parte, aquella labor acumulativa que sería propia del trabajo del historiador o la historiadora, que estaría interesada en recopilar lo que ocurrió, aquello que pasó en una línea temporal determinada. Y es precisamente este aspecto del tiempo *en y de la antropología* lo que nos (re) descubre Monge. Revisitando a Cohn diríamos que «el mundo al que salen los y las antropólogas es el de las cabezas de los nativos, mientras que el mundo al que salen los y las historiadoras es el de los papeles que han sido elaborados accidentalmente por los nativos».

Precisamente en esta relación entre nativos y colonizadores, residentes y exploradores, como sea que nos convenga definir esta dicotomía, indaga la propuesta de González Zalacain. El proceso de aculturación que ocurre en las Islas Canarias con la llegada de foráneos, con avanzadillas evangelizadoras como *medida blanda* para preparar el terreno. Las relaciones de parentesco que se van reestructurando en las diferentes islas; en un primer lugar, con más facilidad, afectando en aquellas con menor densidad de población, con estructuras sociales más débiles. Un mirada que toma el relevo de lo que podríamos denominar una historiografía oficial de aquel contexto, y que al mismo tiempo atiende a la necesaria mirada que identifica aquellas organizaciones sociopolíticas prehispánicas en su nudo originario compartido en torno a un antepasado común. Clanes cónicos que sufren un mestizaje sobrenido que produce una quiebra en la identidad guanche y, en este sentido, obliga a una alteración en las referencias/referentes tanto en términos de nomenclatura como de estilos de vida. Se trata de una aproximación micro necesaria para la comprensión amplia de la historia de este lugar, a partir de la reconstrucción de las historias que construyen las relaciones de parentesco.

En otro capítulo, Arsenio Dacosta nos recuerda aquel proyecto sugerente, pero en cierta medida fracasado, de Clifford Geertz por conformar una teoría interpretativa de la cultura. Un trabajo ambicioso el de Geertz que, aunque pudiera tacharse de adolecer de inconsistencias en su análisis, ofrece

como elemento estimulante su intento por conferir a la etnografía un carácter epistemológico fundamentalmente hermenéutico. Se trata, en definitiva, de una respuesta ante la imposibilidad de abarcar la amplitud que ofrece la realidad, lo que llevaría a Geertz a refugiarse en el espacio de los significados. Como escribe Carlos Reynoso en el prólogo de una de las ediciones de *La interpretación de las culturas*, sabemos que «lo que propone Geertz no es una metodología para la construcción de una antropología científica. [En todo caso] su programa es susceptible de interpretarse como un movimiento de restauración del ideario humanista de Kroeber o de Boas». Precisamente Geertz señalará en su ensayo *Thick Description* algunas de las definiciones que hará Kluckhohn sobre el concepto de cultura, entre las que incluye la idea de ser un «recopilado de la historia». Y aquí, en esta relación con la historia, se cuestiona esa alternancia arbitraria entre *factual base* –¿realidad?– y *story* –¿ficción?–

El capítulo dedicado a un análisis etnohistórico de la lepra podría sugerir un debate en relación a la posibilidad (¿disciplina?) de una *Antropología de la enfermedad*. Nos recuerda Kebby Romero que la *Historia social de las enfermedades* es un campo de estudio que viene abriéndose paso desde la década de 1970, una contexto de estudio que tendría como centro el cuerpo, entendido como categoría que adquiere un especial carácter polisémico. La enfermedad, en este caso la lepra, como experiencia individual y colectiva, ocuparía unos espacios de narrativas en cuanto a su percepción, y también como «experiencia compartida». Sus síntomas, al ser codificados socialmente, son sometidos a una doble lectura moral-física, y se generan así las políticas que impactan sobre un cuerpo de enfermos. Se trata de un ámbito de análisis que propone una aproximación desde la etnohistoria, «como escenario metodológico, que invita al investigador a trascender las –absurdas– fronteras disciplinares que vinieron después de la constitución de las academias en el siglo XX».

Volviendo al contexto de nativos y exploradores, el profesor González Alcantud nos recuerda que la interpretación histórica que hacen los colonizados de su propia experiencia parecía interesar solamente a los académicos coloniales, que la explotaban para incorporar el conocimiento adquirido a la teoría de las civilizaciones propias de miradas evolucionistas. En este contexto, este capítulo nos sitúa en un Marruecos entre la negación de la historia y la antropología colonial, un territorio en el que la Antropología, como ocurría en el caso del «redescubrimiento» del continente africano, se presentó como un instrumento clave para el éxito del proyecto colonial francés. Un escenario en el que se superponen los trabajos concienzudos por parte de una antropología alineada con una política colonialista, junto a una tarea beréber de identificación y auto-adscripción a su tradición. Llegaría la inflexión con

el impulso del nacionalismo marroquí y el final del colonialismo, reintegrando así en cierta medida a Marruecos en «la historia».

El libro nos lleva a la propuesta de Müllauer-Seichter, referida a la relación entre *Naturaleza* y *Ciudad* como conceptos inventados, frente a un imaginario compartido que compondría sus características. En este sentido, ambos conceptos deben su existencia a la realidad del otro o, dicho de otro modo, el uno no podría existir sin el otro. Y esta existencia dependiente explicaría el concepto de *Naturaleza urbana*, una idea que ha ido evolucionando a lo largo de la Historia y que, en este caso, el autor centra en el estudio comparativo entre la Casa de Campo (Madrid) y el Prater (Viena): sus significado en relación con la calidad de vida de los habitantes de estas ciudades. En este ámbito, el autor se refiere a la importancia de las funciones sociales que cumplen las zonas verdes de las ciudades, al construir identidades en conexión con el pasado ideario de jardines históricos.

La obra termina con el capítulo del profesor Eloy Gómez Pellón que, pivotando en el concepto de *memoria colectiva* de Maurice Halbwachs, nos llevaría a la idea de *memoria histórica*, para a partir de aquí acercarnos a aquellas *políticas de la memoria*. Frente a la historia oficial, en ocasiones transcrita por los vencedores por encargo a determinados historiadores, debemos señalar la importancia de la oralidad, la *historia viva*. He aquí, por tanto, la distinción entre una *historia colectiva*, estructurada y erudita, frente a la existencia de una *memoria colectiva*, no estructurada y emotiva. Junto a estos dos aparecen aquellas *políticas de la memoria*, entendidas como fuentes oficiales efervescentes, discursos que recopilan de forma arbitraria acontecimientos para construir una historia que el individuo acaba por aceptar.

En definitiva, se trata de un libro que concentra en cada capítulo perspectivas y teorías interconectadas, hiladas de forma rigurosa y pertinente, de modo que configuran una obra de referencia que abre debates de interés para transitar entre ambas disciplinas.

Gabriel López-Martínez  
*Universidad de Alicante*